



Póker político

Matías Pascal

Entre Silvano y Morena: encono, CORRUPCIÓN y componendas al margen de la ley



Silvano Aureoles Conejo, exgobernador de Michoacán

En la mesa del póker político mexicano, la justicia parece jugarse con cartas marcadas. No importa cuán grande sea el pozo de corrupción que se destape, lo verdaderamente relevante es quién reparte las cartas y a quién se le permite seguir en la jugada.

La reciente detención del exgobernador de Michoacán, Silvano Aureoles, bajo acusaciones de peculado por 30 millones de pesos, es sólo otra mano en esta partida en la que algunos jugadores son eliminados mientras otros continúan apostando con descaro, aun cuando su mano huele a fraude. Y sin dudar, en una imaginaria de que Silvano Aureoles militara en Morena, estoy seguro que no tendría orden de aprehensión en su contra.

Por el contrario, tendría una diputación, fuero, todo el dinero que hubiese robado a su disposición y un salvoconducto para abusar de las mujeres sin recibir castigo... ¡y si no, preguntémosle al exfutbolista político morelense!

Aureoles, quien en su momento fue cercano a Andrés Manuel López Obrador cuando este dirigía al PRD, hoy está en el ojo del huracán. Su detención y la de algunos de sus excolaboradores envía un mensaje claro: la Fiscalía General de la República tiene su propio criterio de selección para sentenciar a corruptos.

El problema es que ese criterio se parece más al de un croupier con instrucciones precisas que al de un verdadero defensor de la legalidad.

Los intocables de la 4T

Mientras que el exgobernador michoacano es obligado a retirarse de la mesa por 30 millones de pesos, hay otros jugadores con apuestas mucho más altas que siguen sonriendo al crupier sin preocupación alguna. Ahí está, por ejemplo, el caso del gobierno de Cuauhtémoc Blanco en Morelos, donde se han detectado irregularidades por 40 millones de pesos. Blanco, sin embargo, sigue libre, tranquilo, como si supiera que su mano está protegida por la casa. Pero eso no es todo. En Veracruz, el gobierno de Cuicláhuac García tiene un monto por aclarar de 848 millones de pesos, una cifra que haría sudar frío a cualquier político en un país donde la justicia fuera pareja. Pero García sigue sin ser molestado. Es más, ni siquiera parece que su nombre entre en la baraja de los posibles investigados. Y qué decir de los grandes proyectos insignia de la autoproclamada Cuarta Transformación. El Tren Maya y las pensiones Bienestar han sido señalados por irregularidades millonarias, pero no hay detenidos. Nadie en la fiscalía parece tener interés en voltear las cartas sobre la

mesa. Este combate selectivo contra la corrupción no sólo es injusto, sino que también es peligroso. Cuando la justicia se usa como un mazo de póker manipulado, el mensaje es claro: no importa si robas, lo que importa es si sigues siendo útil al régimen. La verdadera tragedia es que este patrón no es nuevo en México. Lo vimos con el PRI, lo vimos con el PAN y ahora lo vemos con Morena. El cambio de gobierno no significó un cambio en las reglas del juego; sólo cambió a los jugadores beneficiados.

El presidente López Obrador repitió una y otra vez que en su gobierno no había impunidad, pero la realidad es que sigue existiendo, sólo que ahora tiene color guinda. Los amigos del régimen siguen teniendo pase libre, mientras que los adversarios son sacados de la mesa sin derecho a réplica.

¿Apostar por la justicia o retirarse?

El problema de permitir que la justicia se maneje con dados cargados es que, tarde o temprano, la sociedad pierde la confianza en el sistema. Si los ciudadanos ven que el combate a la corrupción sólo se aplica a los enemigos políticos del gobierno en turno, el mensaje que se envía es devastador: la ley no es un árbitro imparcial, sino un arma para perseguir a opositores.

Si en México queremos una verdadera transformación, necesitamos un cambio de reglas. No basta con promesas de honestidad ni con discursos moralizantes desde la mañana. La única manera de demostrar que el combate a la corrupción es real, es aplicándolo sin distinciones, sin importar el color del partido o la cercanía con el poder. Hasta ahora, la partida sigue estando amañada. La justicia mexicana sigue operando como una mesa de póker en la que algunos pueden hacer trampas sin consecuencias, mientras que otros son eliminados por atreverse a desafiar el statu quo. Si queremos un país diferente, es hora de exigir un nuevo crupier y, sobre todo, un mazo de cartas limpio.

¡Ciaooo!



Cuauhtémoc Blanco Bravo